XVII

El tiempo pasaba rápidamente, no con tanta rapidez, sin embargo, como yo deseaba, porque ansiaba que llegara el momento de saldar la cuenta que se iba haciendo algo antigua.

Tenía prisa por acabar cuanto antes, y me parecía que no había de encontrar calma ni descanso hasta el día en que se hiciese justicia.

¡Qué error!

El invierno fué en extremo apacible.

En nuestro país, en donde el clima es tan duro, apenas hubo algunas heladas que detuvieran la vegetación.

Las primeras nieves aparecieron en enero, y se deshelaban a medida que caían.

Desde principios de octubre, y con gran asombro de todos mis vecinos y colonos, testigos de mi desolación, había comenzado de nuevo a organizar mis cacerías con el mismo entusiasmo que consagraba antes a este placer de mi vida.

Me disculparon diciendo que quería aturdirme.

En los bosques de Brault y sus cercanías resonaron de nuevo mis bocinas y los ladridos de mis perros.

Todos los días dábamos caza a un ciervo, a un lobo o a un jabalí.

Hasta llegué a comprar algunos perros a renombrados cazadores de Corbigny, y además hice que me enviaran otros del Poitou, donde yo tenía muchos amigos, con el fin de organizar un relevo que me permitiese salir todos los días.

Para alojarlos agrandé mi establo e hice construír otro a alguna distancia de la casa, en una espesura del bosque, casi impenetrable, que se llamaba *La Alameda*, porque su arbolado se compone principalmente de álamos. Allí instalé unos treinta de los recién llegados, y Prevot fué quien se encargó de su cuidado y dirección.

Ya os diré con qué fin.

Todos mis criados eran por necesidad monteros, picadores, palafraneros o guardianes de perros; y yo mismo no desdeñaba darles el ejemplo ayudándolos en sus tareas.

Pero sólo Prevot y yo teníamos el privilegio de ocuparnos de aquellos treinta sabuesos grandes, fuertes y tan feroces como las fieras mismas, pues provenían de casa de un amigo mío, que sólo cazaba lobos, porque las cercanías de Rochechouart estaban infestadas de ellos por aquel tiempo.

Preciso es decir que tampoco faltaban lobos en el Morvan, y sobre todo en Brault.

Poco a poco las gentes fueron creyendo que yo había olvidado mi dolor, arrastrado por mi antigua pasión, y hasta hubo algunos que me acusaron de haber olvidado demasiado pronto.

Verdad es que estas cacerías no tenían por testigos más que a mis criados, y hacia fines de enero al conde de Montjeu y su hijo,, que volvieron a recobrar en Brault sus costumbres interrumpidas durante algunos meses.

Más de una vez vi, cuando iba galopando detrás de mis perros, a los Congnat y a Martín Rabaud, que abandonaban un momento sus hornos para escuchar la música de las fanfarrias y el barullo de la traílla, como *dieletànttis* que nada tenían que temer de mí.

¿Y cómo hubiesen podido creer otra cosa?

Hacía ya un año que el crimen se había cometido y ninguna queja había llegado hasta ellos; se los dejaba dedicarse en paz a sus trabajos, y nadie cambiaba de color ante su vista.

Debían creer, pues, que la víctima, horrorizada por sus amenazas, y fiel a su promesa, había guardado silencio y encerrado su secreto con ella en el sepulcro.

Esto era tanto más probable, cuanto que el país

entero tenía una sola voz para alabar su angelical dulzura.

Además, Martín Rabaud, aquella fiera, que era la cabeza de la banda, había oído, como todo el mundo, a la salida del cementerio, que el mismo doctor Burel había declarado que mi hija sucumbía a un mal desconocido, que nadie había podido adivinar ni curar.

En suma, Martín Rabaud tenía la sagacidad de los zorros viejos y veía de noche como los animales de la raza felina, que se orientan en las tinieblas; pero los más astutos caen también en el lazo; y yo me decía, no sin cierta vanidad, que nosotros habíamos dado caza a grandes lobos y a enormes jabalíes que sabían más que él.

Puesto que es necesario confesarlo todo, os diré que contra aquellos hombres creía yo entregarme a una caza de nuevo género; y en la exasperación de mi odio, o por mejor decir, en mi ciega rabia, no veía en ellos más que bestias feroces, de las cuales quería deshacerme a toda costa, castigando su audacia.

¡Ah!, ¡si se hubiera alguien atrevido a decirme entonces que aquellos culpables eran hombres, malvados sin duda, pero seres como nosotros, semejantes nuestros, en fin, con qué cólera hubiese respondido!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Porque yo estaba ebrio, ebrio de sangre, ebrio de venganza, y la embriaguez no razona.

Yo había perdido toda noción de justicia y me había vuelto tan salvaje como aquellos miserables y más criminal aún que ellos, puesto que yo tenía otros principios y no podía invocar en mi favor la excusa de la miseria y del resentimiento innato que tiene el pobre, encorvado bajo el yugo, contra el rico a quien envidia.

¡Qué tristes reflexiones son éstas para mí, hoy que soy viejo y que me encuentro próximo a comparecer ante el Juez supremo!

¡Con qué punzantes remordimientos he pagado esta demencia de algunos días!

¡Oh!, ¡nadie, nadie puede imaginarlo!

¡Si alguno pudiera leer en el interior de mi alma y ver el horror que siento al recordar aquel hecho bárbaro; si pudiera presenciar los insomnios de mis noches y los espectros que pueblan mis intranquilos sueños... tendría compasión de mí!

El marqués, al decir esto, fijó en mí su mirada, en la que había a un tiempo extravío, espanto y desesperación, y me dijo:

—Cuando escuchéis lo que hice, quedaréis horrorizado ante la inmensidad del crimen que cometí, como lo estoy yo mismo al pensar en el castigo que me aguarda si el Señor no se apiada de mí...

Pero quiero continuar mi historia hasta el fin, y estas digresiones no sirven más que para prolongarla.

El 27 de febrero, fecha que jamás se borrará de mi memoria, fué cuando para cumplir mi venganza cometí un crimen.

Aquella misma mañana, el mayor de los hermanos Benoist vino a pagarme el último plazo de la deuda que tenía conmigo, conforme habíamos convenido, que importaría unos veinte mil francos.

Al mismo tiempo me anunció que desde el día siguiente no quedaría ningún obrero en mis bosques, pues todos los trabajos estaban terminados y acababa de pagar a los últimos, que eran los Congnat y Martín Ragaud.

Aquella noche, pues, los tres carboneros debían dormir en el chozo por última vez.

Esta noticia me sorprendió.

Yo creía que les quedaba aún trabajo para dos o tres días, pero no podía dudar de la aserción del contratista.

Difícilmente puede encontrarse un hombre tan formal y tan puntual como él.

A pesar de sus opiniones, en todo contrarias a las mías, debo hacerle esta justicia, así como a su hermano.

Ambos han hecho una gran fortuna, bien ganada y bien merecida.

Esta precipitación contrariaba mis planes, pero no me cogía desprevenido.

Desde hacía dos meses estaba en guardia y preparado para cualquier evento.

Me había jurado que los tres malhechores no saldrían vivos de Brault, y aun cuando hubiera tenido que ejecutarlos yo sólo, hubiera cumplido mi palabra.

Pero tenía aliados valientes que no vacilarían en prestarme su ayuda, y contaba con ella.

Debo decir ahora que ninguno de ellos conocía bien mis intenciones, porque procuraba ocultárselas.

Yo era el jefe y ellos me habían prometido obediencia; eso era todo.

El único punto en que yo estaba de acuerdo con Bernardo de Montjeu, era en nuestra aversión exaltada hacia los culpables, en nuestro odio feroz hacia ellos, semejante al que se siente por la víbora que se aplasta con el pie, o por un animal dañino que se mata sin la menor vacilación.

Recibí la noticia de Benoist con aparente satisfacción.

Desde hacía seis meses mi vida era un disimulo continuo que me pesaba horriblemente.

Convidé a almorzar a mi comprador, y manifestándole, como siempre, mi tristeza por la pérdida de mi hija, le expliqué que me resignaba a mi

soledad y que, después de algunas vacilaciones, había decidido terminar mis días en Brault, distrayéndome, como pudiera, con la caza, los trabajos de la agricultura y el cuidado de mis dominios. De este modo podría neutralizar mi pena.

Le dí las gracias por su exactitud, y nos separamos, quedando los mejores amigos del mundo; hasta llegué a afirmarle que no tenía queja de ninguno de sus obreros, llevando el disimulo hasta decir que sentía haber hecho perseguir a los Congnat y Martín Rabaud por cuatro cervatillos, que no valían el castigo de pagar una multa.

Después salí del castillo con él, y le acompañé hasta el final de la avenida, como quien no sabe de qué modo matar el tiempo.

Cambiamos un apretón de manos, y cuando se fué, me quedé sentado en el tronco de una encina recién cortada, y con la cabeza entre las manos, como si estuviera absorto en mis pensamientos; pero en cuanto le ví desaparecer a gran distancia, montado en su caballo, volví a mi casa prontamente y ordené a mi buen Prevot que fuese corriendo a Montjeu con la misión de decir al conde y a su hijo esta sola palabra:

—¡Venid!

Sabía yo que esperaban la señal y que acudirían al momento.

En efecto, a la caída de la tarde llegaron al castillo.

Nadie podía extrañarlo, pues era sabido que todos los meses pasaban muchos días en Brault, donde tenían sus habitaciones reservadas, como siempre.

Además, yo había usado de la precaución de anunciar que al día siguiente perseguiríamos un ciervo.

Nada, pues, más natural que la presencia en Brault de mis compañeros acostumbrados de cacería.

En aquella época, la comida más fuerte del día se hacía en mi casa, como en casi toda la Francia, a mediodía.

Nosotros solíamos prolongarla hasta cerca de las dos, y pasábamos la mitad del tiempo conversando con animación entre el café y los licores.

Por la noche, a eso de las ocho, se cenaba, y generalmente la fatiga de un día en que estábamos levantados desde el alba, nos obligaba a retirarnos inmediatamente después de la cena, de modo que a poco tiempo el sueño más profundo no tardaba en apoderarse de todos los habitantes del castillo.

Aquella noche la cena se adelantó algunos instantes.

El cura de Brault había venido a hacernos compañía.

Yo no le esperaba, y su llegada me causó una gran contrariedad, que supe disimular al momento, pues había llegado a ser maestro en el arte del disimulo.

Reflexionando algunos momentos después la venida de aquel santo varón que en un principio me había contrariado, me parecía verdadera suerte.

Estuvo con nosotros hasta las nueve.

Los minutos de aquella terrible noche, como todos sus detalles, han quedado grabados en mi memoria, y no se borrarán de ella.

A las nueve acompañé hasta el sitio donde había acompañado a Benoist después del almuerzo, y no volví a mi casa hasta después que hubo cesado el ruido de los pasos de su pacífica montura.

Aquel venerable anciano circulaba por su feligresía con tanta seguridad de día como de noche.

¿Quién se hubiera atrevido a hacerle daño a él que era la Providencia y el consuelo de todos?

Pasé por las cocinas donde mis criados, hombres y mujeres, acaban de ponerlo todo en orden para recogerse, y subí a mi cuarto. A las diez y tres cuartos el castillo y sus dependencias estaban sumidos en la mayor oscuridad, y sus moradores disfrutando del primer sueño.

En el campo, la luz de la luna caía de lleno sobre los bosques y llanuras.

Un viento huracanado arrastraba en el cielo algunos gruesos nubarrones.

Yo me hallaba vestido como para ir de caza, con el cuchillo de monte en el costado y la carabina a la espalda.

Me miré en un espejo.

Estaba lívido, pero en mi rostro se veía grabada la más implacable resolución.

Abrí la puerta y encontré en la escalera a dos hombres vestidos y armados como yo.

Eran Bernardo y su padre.

La presencia del conde me inquietaba.

Sus escrúpulos de hombre honrado me eran bien conocidos y temía sus objeciones; pero no había podido ocultarle la expedición, ni separarle de ella, por consiguiente.

Salimos con las mismas precauciones que hubieran tomado los bandidos al acabar de desvalijar una casa, y llegamos hasta el patio en el mayor silencio.

Allí nos esperaba Prevot, teniendo uno de mis perros a su lado.

No brillaba en sitio alguno la más pequeña luz, y todo reposaba a nuestro alrededor.

Empezamos, pues, a andar nuestro camino los cuatro hombres y el perro.

XVIII

Del castillo a la venta del Lobo había que recorrer cerca de una legua.

Después de haber entretenido al enemigo en una falsa seguridad, era necesario no prevenirle en el último momento.

Yo estaba inquieto y agitado por el resultado de aquella extraña excursión.

Había resuelto morir matando, si no conseguía desde un principio apoderarme de mis odiosos enemigos, porque la hora de desplegar mi feroz actividad había sonado.

No razonaba, únicamente perseguía mi fin, con esa idea fija que engendra la locura.

De tal modo estaba poseído, que había acabado por comunicar mi exaltación a Bernardo y a Prevot, mis dos aliados.

Marchamos a la luz de la luna por los senderos practicados en medio de los bosques, que sólo las fieras frecuentaban a semejante hora.

Los cazadores furtivos más expertos no hubie-